

ligado en absoluto de todo vínculo humano, ignorante de su procedencia, como aluvión olvidado de las revoluciones geológicas que conformaron definitivamente el planeta!

Manolín no pudo resistir más tiempo al tormento de la imaginación, ensañada en revolver y aquilatar el concepto de su abandono, y rompió á llorar, en tanto que la reflexión reaccionaba lógicamente sobre el pesimismo de sus primeras impresiones.

—¡Qué culpa tengo yo — rugió, por fin, irguiéndose repentinamente y enjugando sus últimas lágrimas— ¡qué culpa tengo yo del abandono de unos padres criminales! Puedo ser fruto del mal, pero no causa obligada al remordimiento. Si vine al mundo como hijo del pecado, puedo, al fin, con mis obras inspirar la virtud de otros mejores. Y en último extremo ¡qué remedio! tiene razón la *señá* maestra; hoy por hoy soy el más feliz de los mortales: cuando todos lloran puedo reír con desembarazo; cuando todos rezan, divertirme sin faltar á deber alguno; mientras visitan los cementerios, bailar y saltar sin que la conciencia recrimine mi exótica alegría... Sí, sí; á reír, á saltar, á correr, á jugar... puesto que no tengo almas por qué pedir á Dios, ni tumbas que cubrir de flores...

Y, esforzándose por sostener su nerviosa alegría, abandonó precipitadamente el taller en busca de los camaradas que, en la cabecera del Rastro y alrededores, conciertan las clásicas partidas del *inglés* y de cané, amén de las exploraciones por las rondas adyacentes y las pedreas donde renovar los laureles del popular distrito madrileño.

Al salir, vació en los bolsillos cuantos ahorros le guardaban para estímulo de su amor al trabajo, deseo de convertir el día de difuntos en verdadero día de fiesta, fiesta de los abandonados, protesta inconsciente contra una sociedad desnaturalizada en que la madre subsiste al voluntario despojo del fruto del amor ó del vicio, igualmente adorable.

Y, hecha la correspondiente invitación á los compañeros, decidió el popular concurso que el festival se celebrara en los merenderos que rompen la triste monotonía de los alrededores del puente de Segovia.

Allí llegó la alegre caravana, decidiendo Manolín con voz de imperio, como árbitro de la reunión, que les preparasen merienda con cuanto tuvieran hecho, tajadas de bacalao, hígado en salsa, huevos duros, queso manchego y vino en abundancia: extraordinario *menú* que durante mu-

chos días puso de moda en todo el barrio la pródiga esplendidez de aquel desconocido vástago de Osuna.

Aún más que el vino desbordóse la alegría. Un organillo amenizó el solemne banquete, no faltó guitarra para acompañar á los aficionados los *tientos* y tangos obligados en toda fiesta madrileña, bailaron hasta rendir bien las piernas conaturalizadas con la fatiga, y el anochecer obligóles, muy á pesar suyo, á suspender el espectáculo por la necesidad de presentarse cada cual ante su familia; pero bien entendido que, después de cenar, volverían á reunirse en la cabecera del Rastro para renovar el caudal social con el producto de cuantas tablas consiguieran arrancar de los derribos, y concluir el día dignamente recorriendo, como es de rigor, todas las buñolerías de los típicos distritos de la Inclusa y la Latina.

Era ya noche cerrada cuando la bullanguera comitiva subía por la calle de Segovia, hacia el Viaducto, confundiendo con los grupos de familias que regresaban tristemente de los cementerios. Iban los muchachos escandalizando la calle con sus alegres risotadas y sus canciones atrevidas, aún más despreocupados que de costumbre, efecto de la excitación producida por el vino, y no faltó vieja gruñona que les recomendara á las parejas de Orden público.

También Manolín participaba de la excitación de sus compañeros; pero no con franca alegría. Ni un solo momento había logrado olvidar durante la fiesta las revelaciones de la maestra, y los vapores del alcohol, al subirle del estómago al cerebro, proyectaban en su imaginación en sombras gigantescas la magnitud de su desgracia. En vano hacía extraordinarios esfuerzos mentales para acomodar el estado de su ánimo al de sus felices camaradas; hasta en su cantar revelaba la verdadera situación de su espíritu, ajeno á toda sincera alegría.

Cantaba, sí; pero con lágrimas en los ojos, esclavo de la idea fija que atormentaba su memoria:

—Voy subiendo á carcajadas
por la cuesta de la vida.
No tengo ningún recuerdo
que me haga volver la vista.

A. AGUILERA Y ARJONA

LA COPA DE CRISTAL

Arrancaron sus dedos una nota del borde de la copa de cristal, donde, al gustar el néctar purpurino, de mis ojos cayó, de hondo pesar, una lágrima triste y transparente que del zumo aumentó la claridad.

Con inquietud, su mano temblorosa retiró del finísimo cristal; y sus ojos buscaron á mis ojos aumentando de mi alma la ansiedad; se vino junto á mí y alegre dijo: —«No sufras que por siempre te he de amar.»

—Soy pobre—repliqué—ya ves, los pobres somos párias sin brillo en lo social; inspiramos los bardos sin fortuna, entre burlas, amor sin caridad: deja, pues, que mi lágrima se pierda en el zumo que brilla en el cristal.

Su mano diminuta alzó la copa llevósela á los labios sin temblar, besóla, cual sellando un juramento á cumplirse en la cámara nupcial; y al calor de sus labios purpurinos la copa no cesaba de vibrar.

LUIS MARTÍNEZ MARCOS

Santa Fé (República Argentina).

MORAIMA

Como en altar donde su frente humilla, ungido de fervor, el religioso, el soñador se inclina respetuoso ante el volcán de amor que maravilla.

Saluda, reverente, á lo que brilla en bella noche sobre el cielo hermoso, y con acento trémulo y piadoso invoca un ideal y se arrodilla.

Evocando á Moraima, sus ardoras rinde con afán, maravillado de su historia fecunda, en sinsabores, del perfume de un sueño idealizado, del brillo de unos ojos soñadores y del fuego de un pecho apasionado.

DIWALDO SALOM

(Cuba).



BEBEDORES DE CERVEZA — Cuadro de ROMÁN RIBERA.

Fot. de J. Laurent y C.^a



PLAZA DE PALACIO EN BARCELONA EN EL AÑO 1887

Cuadro de MODESTO TEXEIRO

Fot. J. Laurent y C.^a

LA PARRANDA

El tío Cachaza era el hombre que tenía peor fama en cuatro ó cinco leguas á la redonda.

Todo lo malo que ustedes puedan figurarse se le achacaba al tío Cachaza en aquel pueblecillo de la ribera del Segura.

Había sido contrabandista, faccioso, monedero falso... ¡Qué sé yo! Se decía que siempre anduvo en riñas de taberna y se murmuraba que había matado *moralmente* á la madre de sus hijos.

Como es natural, todos los habitantes de la huerta rehúan el encontrarse con él y sólo iban á su tragua, porque el tío Cachaza era el herrero del pueblo, los que no tenían más remedio que utilizar sus servicios.

Y llegaban á tal punto la odiosidad y el desprecio hacia aquella familia, que no hubo jamás mocico que alternara con Jaime, ni huertana que cruzase su palabra con Carmelica.

¡Pobres pagadores de una deuda que no habían contraído!

Aquella mañana habían sido felices, por primera vez en su vida, los dos hijos del tío Cachaza.

El encontró casa donde servir, lejos de aquella fragua que tanto le había tostado la piel y lejos de aquellos hombres que tanto le habían destrozado el corazón...

Ella oyó los primeros juramentos de amor, de un amor que ella desesperaba de alcanzar, de un amor conque ella soñara en sus tiempos de chiquela...

Para Jaime, hubo una familia que no sabía la historia de su padre y que buscaba un hombre honrado que le cuidara la hacienda.

Para Carmelica, hubo un mozo que perdonaba las culpas del herrero y que buscaba una mujer bonita que llegara á ser la alegría de su hogar.

Era Vicentico un mocetón como un castillo y uno de los hombres de mejor corazón que había habido en el pueblo, desde mucho antes de los tiempos de Mari Castaña.

Y este cálculo mío les hará comprender á ustedes lo desarreglada que estaba la cronología en aquella aldehuela de la huerta.

Vicentico no cabía en el pellejo, de puro satisfecho.

Había triunfado una vez más la bondad de su alma y en ella llevaba como trofeos de su victoria, la alegría y el consuelo que le causaban las promesas de amor de Carmelica; las primeras promesas de aquel corazón que él había sabido conquistar, dejándose de escrúpulos y de tontadas.

Y no he de decir á ustedes lo satisfecha que estaba Carmelica... Tan satisfecha que, en las dos semanas que hacía ya que hablaba con Vicentico, había olvidado todos los desprecios que antes la hicieron y desdeñaba todas las indirectas que constantemente le dirigían.

¿No la quería él?... ¿No le había dicho su Vicentico que ella era sólo responsable de sus actos?... ¿No le repetía, una y otra vez, que ella era la criatura más buena que él había conocido?... ¿No había hecho ella propósito firmísimo de entregar entero su corazón á aquel hombre que le daba con su cariño la felicidad, que nunca tuvo?... ¿No iba á vivir ella nada más que para mirarse en sus ojos?... ¡Pues qué le importaba ya que los hombres la despreciaran y que las mujeres se rieran de ella!...

¡De ella... que iba á ser más feliz que todas sus vecinas juntas! Porque tenía la convicción de que su amor no amenguaría jamás, mientras á ella le quedase un soplo de vida.

¿Acaso, cuando su padre la obligaba á que «hiciese aire» en la fragua se apagaron, ni una sola vez siquiera, los carbones que en ella ardían?

¿Pues cómo había de amenguar su cariño, si Carmelica era la encargada de mantener su fuego, no por obligación, sí por deseo vivísimo de su corazón de amante y de agradecida!...

Que la quisiera siempre su Vicentico y á buen seguro que no acabaría nunca aquella felicidad, ni se preocuparía jamás por nada ni por nadie, que no fueran el hombre de su cariño... y los demás seres que no vivían aún, pero que veía ella en sueños... de las siete noches de la semana... lo menos seis y media...

Ha dicho no sé quién, que todos bebemos en la fuente de la dicha en un vaso agujereado y que al acercarlo á nuestros labios ya está casi vacío.

La felicidad de Carmelica murió apenas nacida... Fué, por lo visto, una broma, broma cruel, de la Fortuna, de esa diosa que dispone á su antojo de todos los mortales...

¡Querían quitarle el cariño de su Vicentico!...

Aquellos á quienes tanto indignaban las infamias de su padre, aquellos que, sin motivo alguno, destruían su ventura; ¡aquellos eran también unos infames!

Y eso que Vicentico estaba dispuesto á no dejarse rendir... ¿A él qué le importaban los antecedentes del tío Cachaza, si Carmelica era buena?... ¿Qué tenía él que ver con las diabluras del herrero, si la hija era un ángel de la tierra?... ¡Iba él á casarse con el padre!... Él quería para mujer una mocica honrada, cariñosa, trabajadora... ¡y más que *hubía* sido de su familia aquel que vendió á Cristo por los cuartos!...

Peró era mucho sermonearle y mucho amenazarle y mucho gruñirle, para que el mozo pudiese soportar con paciencia aquella cruzada.

Su padre, el cura, el maestro, el alcalde, el juez, sus amigos, las mozas, todos á una, todos empeñados en quitarle de la cabeza aquella tontería... tontería... Más tontos eran ellos que se pasaban las horas muertas predicando en desierto.

JOSÉ M. MARQUÉS



VENECIANA

PLÁCIDO FRANCÉS



¡OTOÑO!